

blaba el anciano enfermo de Pisa, van á revolotear en torno de su panteón y oyendo sus alborozados jugueteos tal vez sonríe en su tumba el poeta de la suprema ternura, el cantor de *El Pájaro*.

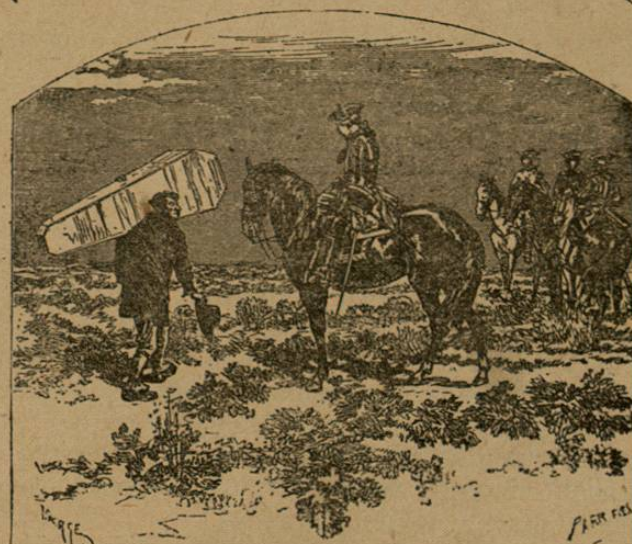
Valencia-Agosto de 1899

Vicente Blasco Ibáñez

HISTORIA

DE LA

REVOLUCIÓN FRANCESA



El villano y Luis XV

INTRODUCCION

PRIMERA PARTE

De la Religión de la Edad Media

I

Defino la Revolución francesa, diciendo que es el advenimiento de la Ley, la resurrección del Derecho, la reacción de la Justicia.

Muchos espíritus eminentes, con un loable propósito de conciliación y de paz, han afirmado en nuestros días que la Revolución fué el cumplimiento del cristianismo, que vino á continuarlo, á realizarlo, á dar cuanto había prometido.

Si fuera fundada esta afirmación, el siglo XVIII, los filósofos, los precursores de la Revolución se habrían equivocado, habrían hecho una

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

cosa completamente distinta de lo que se propusieron. Tuvieron otro objeto que el cumplimiento del Cristianismo.

Si la Revolución fuese nada más que esto, no sería distinta del Cristianismo; sería solamente una edad, su edad viril, su edad de razón. En este caso no habría dos actores, sino uno solo, el Cristianismo, y no existiendo más que un actor no hay drama, no hay crisis.

Pero no, no es así. La lucha es demasiado real. No se trata aquí de un combate simulado entre el mismo y el mismo. Hay dos combatientes, dos principios, dos espíritus; el antiguo y el nuevo.

En vano el nuevo, seguro de vivir, y por tanto más pacífico, dice dulcemente al antiguo: *Vengo á cumplir, no á arrasar...* El antiguo no se presta de ningún modo á ser *cumplido*. Esta palabra encierra para él algo de funebre y siniestro, rechaza aquella bendición filial, no escucha ruegos ni oraciones.

Es necesario salir de vaguedades si se quiere saber dónde vamos.

La Revolución continúa el Cristianismo pero lo contradice. Es á la vez heredero y adversario.

En lo que tienen de general y de humano, ó sea en el sentimiento, los dos principios se unifican. En lo que constituye la vida propia y especial, en la idea madre de cada uno, se rechazan y son contrarios.

Están de acuerdo en el sentimiento de la fraternidad humana. Este sentimiento nacido con el hombre, nacido con el mundo, común á toda sociedad, ha sido profundizado y extendido por el Cristianismo. A su vez la Revolución, hija del Cristianismo, lo ha enseñado como única religión por todo el mundo que ilumina el sol.

He aquí toda la semejanza. He aquí toda la diferencia.

La Revolución funda la fraternidad sobre el amor del hombre al hombre, sobre el derecho y la justicia. Esta base es fundamental y no necesita otra alguna.

En cambio cuando el Cristianismo, doctrina opuesta á la Justicia, fué llamado á gobernar y juzgar el mundo, cuando la jurisprudencia descendió de su pretorio y dijo á la nueva fe: *«Juzga en mi lugar»*, se vió, en el fondo de una doctrina que parecía bastar al mundo, un abismo de insuficiencia, de incertidumbre.

Permaneciendo fiel al principio de que la salvación es un don y no el premio de la justicia, el hombre se cruzó de brazos y esperó; sabía bien que sus obras nada podían en favor de su suerte. Toda actividad moral cesó en el mundo.

Con el Cristianismo la iniquidad de la conquista, confirmada por la voluntad de Dios, se autoriza y se cree justa. Los vencedores son los elegidos; los vencidos son réprobos. La monarquía divina crea la monarquía humana, gobernando sólo los elegidos.

¿Dónde se refugiará el hombre? La gracia reina en el cielo y el favor aquí abajo.

Para que la justicia, dos veces proscrita, se atreva á levantar la

cabeza, es necesario una cosa difícil (de tal modo está agobiado el sentimiento humano bajo la pesadumbre de los males y la pesadumbre de los siglos), es necesario que la justicia comience de nuevo á creerse justa, que despierte y tenga noción de sí misma y vuelva á adquirir conciencia de su derecho.

Esta conciencia, recuperada lentamente durante seiscientos años de tentativas religiosas, estalla en 1789 en el mundo político y social.

La Revolución no es más que la reacción tardía de la justicia contra el gobierno del favor y la religión de la gracia.

II

Si habéis viajado por las montañas habréis podido encontrar lo que yo ví un día.

Entre una aglomeración confusa de rocas amontonadas, en medio de árboles y verdura, se alzaba un pico inmenso. Este solitario oscuro y pelado era, sin duda, hijo de profundísimas entrañas del globo. Ninguna verdura lo adornaba; ninguna estación hacía cambiar su aspecto; las aves apenas se posaban allí, como si al tocar la mole escapada del fuego central se hubieran de quemar sus alas. Aquel sombrío testimonio de las torturas del mundo interior parecía soñar allí todavía, sin prestar atención á lo que le rodeaba, sin dejarse distraer jamás de su salvaje melancolía...

¡Qué revoluciones subterráneas, qué incalculables fuerzas combatieron en el seno de la tierra, para que esta mole, desgarrando las montañas, conmoviendo las rocas, haciendo añicos los bancos de mármol saliera hasta la superficie!... ¡Qué convulsiones, qué torturas arrancaron del fondo del globo ese prodigioso suspiro!

Conmovido, sentí mis ojos oscurecidos por las lágrimas, lentas, penosas... La Naturaleza me había hecho recordar la Historia. Este caos de montañas confundidas parecían oprimirse con la misma pesadumbre que durante toda la Edad Media gravita sobre el corazón del hombre; y en este picacho desolado que del fondo de sus entrañas lanzó la tierra contra el cielo veo la imagen de la desesperación, el grito doloroso del género humano.

La Justicia ha llevado mil años sobre su corazón la montaña del dogma, y agobiada bajo tal pesadumbre ha ido contando las horas, los días, los años, los interminables años... Para los que sienten, esto es una fuente de lágrimas eternas. Aquel que, por la historia, participe de este largo suplicio, no volverá á estar contento; donde quiera que llegue se sentirá triste; el sol, la alegría del mundo, no le alegrará más; ha vivido mucho tiempo en la agonía y las tinieblas.

Lo que más ha conmovido mi corazón es la inagotable resignación,

la dulzura y paciencia de la Humanidad y el esfuerzo que hizo para amar este mundo de odio y de maldición que la oprimía.



VOLTAIRE

(Busto existente en el Museo del Louvre)

Cuando el hombre, que se había privado de la libertad, y cercenado la justicia, como un miembro inútil, para confiarse ciegamente en manos de la Gracia, vió ésta reconcentrarse únicamente en los privilegiados, en los elegidos, mientras el resto de la Humanidad quedaba perdido sobre la tierra, perdido para la eternidad, ¿creeis que se elevó de todas partes un vocerío de blasfemia? No, sólo se oyó... un gemido

y estas conmovedoras palabras: «Si os place que yo sea castigado, hágase vuestra voluntad, Señor.»

Y sometidos, resignados, se entregaron los hombres á su suerte y aceptaron el castigo.



ROUSSEAU

Hecho grave, hecho digno de memoria que la teología no había previsto jamás. Ella enseña que los dañados no pueden más que odiar. Y, sin embargo, aman. Se ejercitaron en amar á sus dueños, los elegidos. El sacerdote y el señor, estos hijos predilectos del cielo, no encontraron durante siglos en el humilde pueblo más que dulzura, docilidad, amor y confianza. Sirvió, sufrió en silencio; azotado dió las gracias, no desplegó nunca sus labios, como hizo el santo Job.

¿Qué le preservó de la muerte? Una sola cosa que refrescó y reanimó al paciente en su largo suplicio. De esta rara dulzura de alma que

le hacía feliz; de su corazón torturado, pero bueno en extremo, surge una fuente de dulce y tierna fantasía, un ensueño de religión popular, contra la sequedad de la otra. Regada con esta agua fecunda, la leyenda germina y crece, cubriendo el infortunio de los humildes con sus flores... Flores del suelo natal, flores de la patria que hicieron olvidar, á veces, la árida metafísica bizantina y la teología de la muerte.

La muerte, sin embargo, permaneció bajo estas flores. El santo patrón, el buen santo de la comarca no bastaba para defender á sus protegidos contra un dogma amedrentador. El diablo aguarda apenas que un hombre espere para apoderarse de él. Todavía vivo, da vueltas á su alrededor. El diablo era señor del mundo; el hombre era suyo: su presa. El diablo resulta parte integrante del orden social de aquellos tiempos. ¡Qué constante tentación de desesperación y de duda!...

La servidumbre de aquí abajo, con todas sus miserias, era el comienzo de la condenación eterna. Primero, una vida de dolor y después, para consolarse, el infierno... ¡Condenados de antemano!... ¿Para qué, pues, esas comedias del juicio que la Iglesia celebraba? Hay algo de barbarie en mantener en la incertidumbre y la ansiedad más crueles, suspendido siempre sobre el abismo, al hombre que antes de nacer ha sido ya adjudicado al abismo y le pertenece.

¡Antes de nacer!... ¡El niño creado expresamente para el infierno, á pesar de su inocencia!... ¿pero qué digo su inocencia? si este es el horror del sistema; para la religión no hay inocencia.

No lo sé cierto, pero lo juraría. Aquí fué donde el alma humana se detuvo, donde faltó la paciencia...

¡El niño condenado! Ante esto el corazón de la madre debió sentirse herido, torturado... Creedlo. De aquí nació el primer suspiro... ¿De protesta? Todavía no... ¡Pero fué tan desgarrador el maternal gemido!... El hombre que lo escuchó quedamente en las sombras nocturnas, no durmió más aquella noche... ni las siguientes. Al amanecer iba á su labor y encontraba el valle y la llanura más bajos, mucho más hondos, más profundos, como una tumba; y más altas, más sombrías, más amenazadoras las dos torres que en el horizonte se dibujaban y escuchaba; sombría la campana de la iglesia, sombrío el esquilón del castillo feudal. Entonces comenzó á comprender lo que decían las dos campanas. La iglesia sonaba: *Siempre*. El esquilón sonaba: *Jamás*... Pero al mismo tiempo una voz energética hablaba más alto en su corazón. Esta voz decía: *¡Un día!*... ¡Era la voz de Dios!

Un día llegará la Justicia. Deja esas huera campanas balancearse en el viento... No te alarme tu duda. Esta duda es ya la fe. Cree; espera; el Derecho desconocido surgirá algún día y vendrá á juzgar en el dogma y en el mundo. Y *ese día* del Juicio se llamará la Revolución.

III

Dedicado al sombrío estudio de la Edad Media, me he preguntado muchas veces, al recorrer caminos llenos de obstáculos, *tristis usque ad mortem*, cómo la religión, extremadamente dulce en sus principios, puesto que parte del amor mismo, ha podido cubrir el mundo de tan vasto mar de sangre.

La antigüedad pagana, guerrera, sangrienta, destructora prodigó la vida humana sin tener noción de su precio. Joven y sin piedad, bella y fría como la virgen de Tauride, mata y no se conmueve. No encontraréis en esas grandes destrucciones de la antigüedad la pasión, el encarnizamiento, el furor de odio que caracterizan en la Edad Media los combates, las luchas y venganzas de la religión del amor.

La primera razón que de ello encuentro, y que ya consigné en mi libro *El Sacerdote*, es la prodigiosa embriaguez de orgullo que esta creencia da á su elegido. ¡Qué vértigo! Todos los días hacer bajar á Dios sobre el altar, hacerse obedecer de Dios!... ¿Me atreveré á decirlo? (vacilo, temiendo blasfemar) *hacer de Dios* todos los días!... ¿Cómo llamar á quien diariamente realiza este milagro de los milagros? ¿Un Dios? No es bastante.

Esta grandeza es antinatural, monstruosa, y quien la reivindica para sí y la posee está inquieto, turbado... Imaginad cuánta soberbia y violencia habrá en el hombre que llama á Dios, que le hace descender á sus manos y le toca. Convencéos de que si le fuera preciso, para mantenerse, suprimir el mundo con una señal, exterminar con una palabra lo que con una palabra hizo Dios, el mundo estaría exterminado.

Este estado de inquietud, de cólera, de soberbia, basta para explicar los increíbles furors de la Edad Media, á medida que ve engrandecerse contra ella este rival: la Justicia.

Nada había tan bajo, tan pequeño, tan humilde como la Justicia... Hierbecilla despreciable, olvidada en el surco, apenas se la veía.

Justicia, tan débil, ¿cómo has podido crecer tan pronto? Vuelvo un momento la cabeza y ya no te reconozco. Cada hora te encuentro diez palmos más alta... La Teología se burla ante tí, ruge, palidece...

Entre las dos comienza una lucha terrible, espantosa, para cuya descripción son insuficientes las palabras... La teología, arrojando la justicia, se esfuerza en absorberla, en encerrarla en sus entrañas...

Hélas frente á frente; buscando al término de esta mortal batalla cuál ha de absorber á la otra, cuál ha de incorporarse á su enemiga asimilándosela.

Que el Terror revolucionario se guarde bien de compararse á la Inquisición. ¿Cómo puede enorgullecerse de haber hecho en dos ó tres